

Anales: Tomo XVIII

Memoria 4.^a

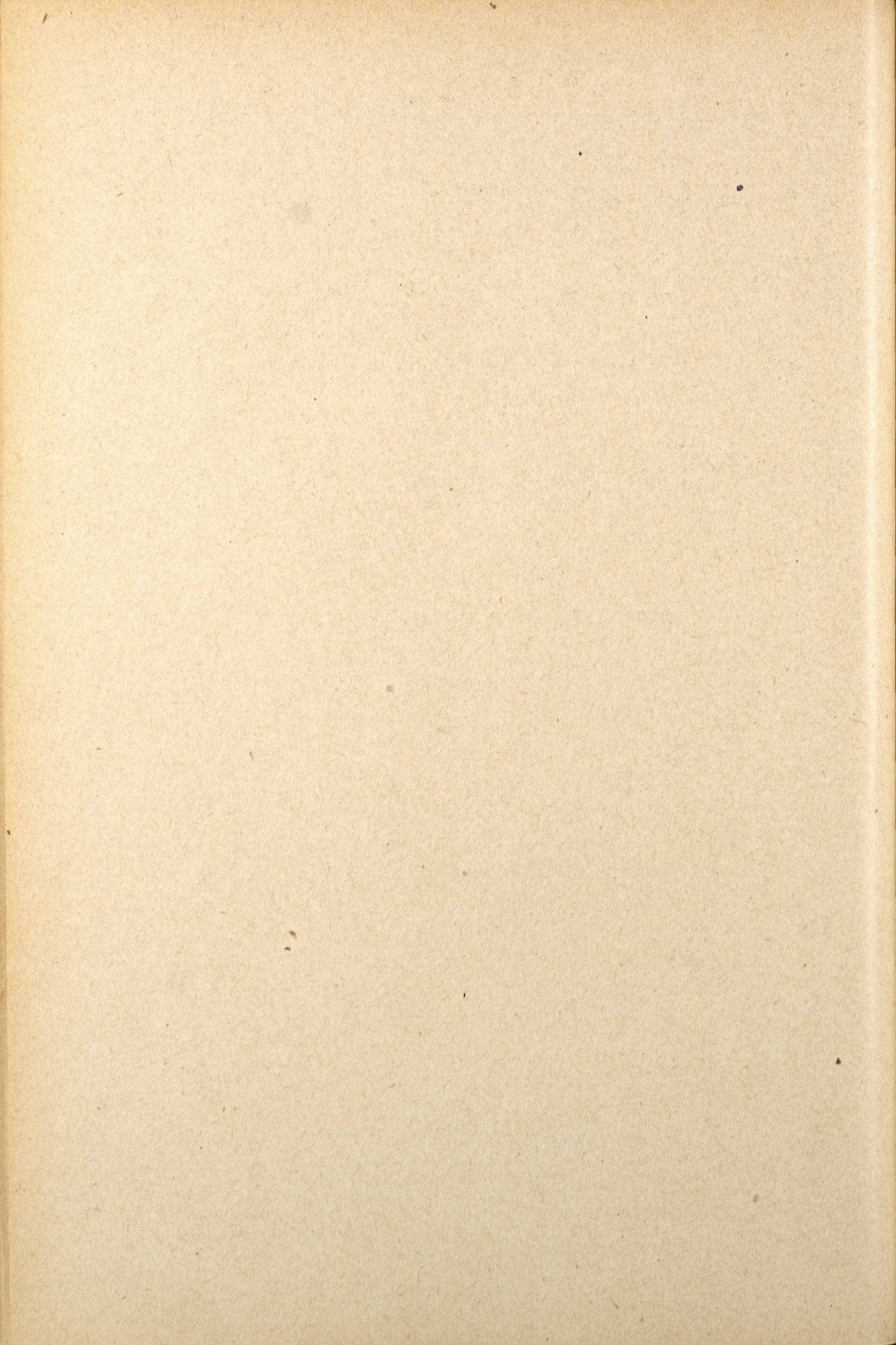
ALGUNAS NOTAS ESCOLARES
DE
FRANCIA, BÉLGICA Y SUIZA

POR

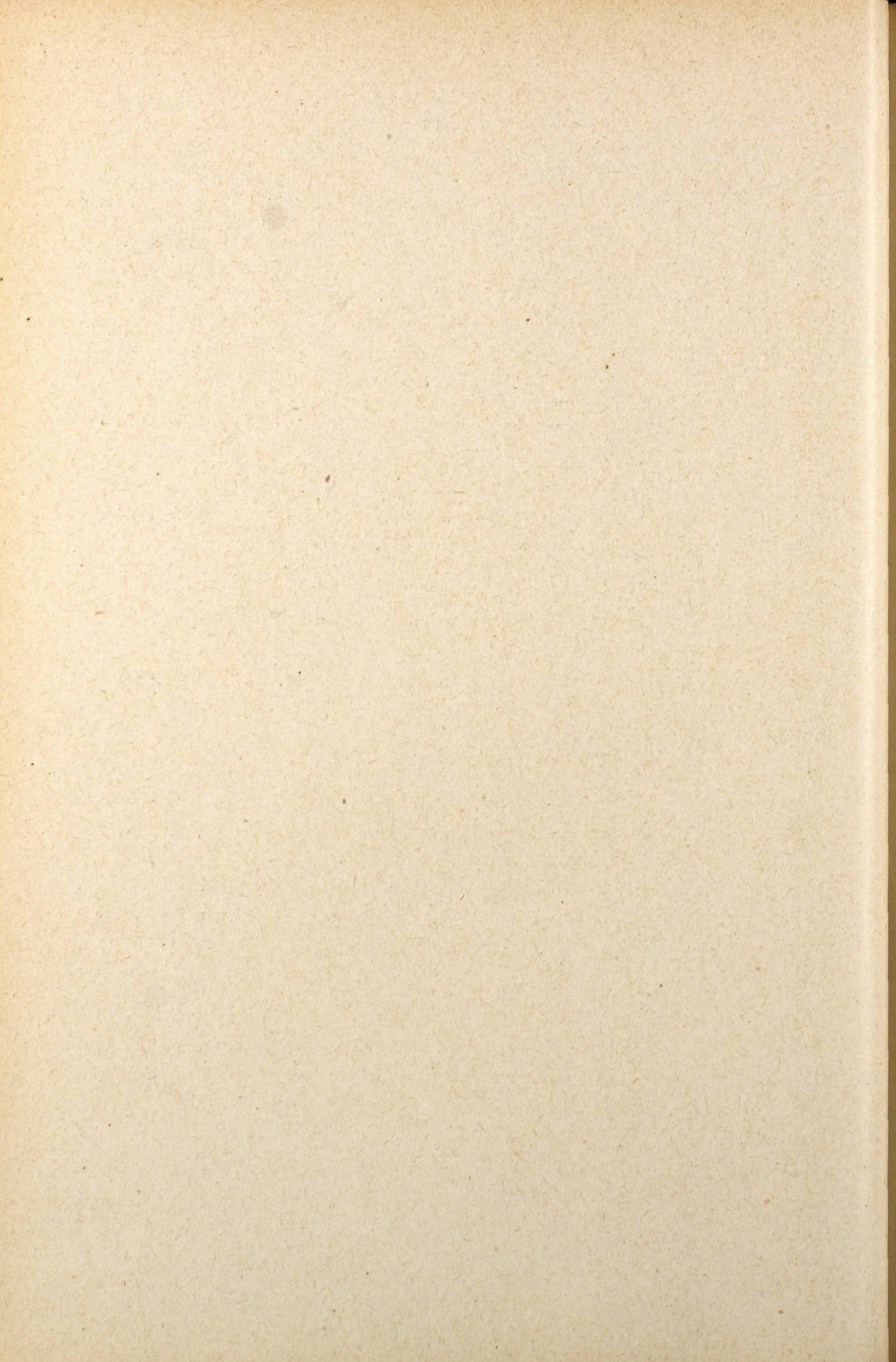
ELADIO GARCÍA MARTÍNEZ

MADRID

1924



Trabajo presentado por D. Eladio García Martínez, inspector de primera enseñanza, pensionado por Real orden de 24 de enero de 1921.—"Grupo de Inspectores".



Lá Escuela maternal.

Para fijar en una Memoria las características más salientes del sistema escolar de Francia, Bélgica y Suiza, creemos de necesidad estudiar, siquiera sea muy ligeramente, las Escuelas maternas y clases infantiles, las Escuelas elementales y sus clases complementarias, las superiores, las Normales y las obras que complementan el sistema. Pero entiéndase que no se trata de reducir todas estas cosas a un resumen legislativo; queremos sobre todo que este trabajo sea un reflejo vivo de lo visto y sentido en nuestras visitas.

Los reglamentos por que se rigen las Escuelas que reciben a los niños de uno y otro sexo desde los tres a los siete años, y que para mayor precisión las llamaremos como en nuestro país, Escuelas de párvulos, definen su carácter diciendo que son establecimientos de primera educación donde niños y niñas reciben en común los cuidados que reclaman su desarrollo físico, moral e intelectual (Francia); que son centros que preparan para recibir con fruto la enseñanza primaria, cuidando principalmente del desarrollo físico, intelectual y moral (Bélgica); o que son Escuelas en las que, gracias a los métodos frœbelianos, los niños desenvuelven sus sentidos y adquieren hábitos de trabajo libre y espontáneo que los coloca en excelentes condiciones de recibir más tarde, y en un sistema continuado, la instrucción primaria (Suiza, cantón de Neuchâtel).

A estos fines corresponden, como medios, programas cuyo contenido es el juego, la gimnasia sueca y de Dalcroce; las can-

ciones, los ejercicios manuales, las lecciones, son cosas por las que mediante una intencionada gradación se adquiere el lenguaje, la iniciación moral, sirviéndose al efecto de narraciones y cuentos, y los fundamentos primeros de la lectura, escritura y cálculo.

Las Escuelas de párvulos visitadas tenían cuerpo y tenían alma. Los edificios, corrientes unos y un tanto extraordinarios otros, no carecen nunca de clases decoradas con flores, pájaros, escenas de familia, asuntos de mundo infantil..., naturaleza... En todas las salas se ve una gran preocupación: la limpieza más escrupulosa y un desorden *ordenado*, que hace pensar mucho en la libertad con que el niño se mueve en su trabajo. En todas las Escuelas de este tipo hemos advertido la presencia de maestras maternas. Trabajan con espíritu flexible y simpático. Ponen gracia en sus lecciones. Los niños, antes que palabras, ven objetos. Se observan éstos y de la observación directa nacen las ideas, y sólo cuando se han fijado las ideas se dan palabras. Trabajan todos los alumnos; en todo momento se buscan sensaciones múltiples que den clara idea de las cosas. Son muchas las cosas y cada una con su palabra. Aquello que todos sabemos de que sólo partiendo de lo concreto puede entendernos el niño, en las Escuelas estudiadas nunca se dice y siempre se hace. ¿Se trata de dibujar? Pues se hace siempre concretamente y del natural. Objetos graduados, cajitas de arena, piedrecitas de diversos colores, ¡qué vida más intensa adquirirán estos sencillos materiales en las manos de los niños! Más de una clase hemos visto decorada con dibujos y trabajos manuales hechos por los mismos niños encauzados por sus maestras. Siempre igual tendencia: que el niño aprenda *a ver*, que adquiera *lenguaje*, que dentro de sus límites *crea*. Los movimientos gimnásticos se adaptan a los compases de composiciones muchas veces populares. Del conjunto de estos ejercicios se desprende la gracia en el movimiento, la dirección intelectual, porque hay atención, voluntad y memoria en los detalles, verdaderamente complicados algunos aun para niños de edades superiores. Con objeto de hacer suave y lógico el apren-

dizaje de la lectura se ha ideado un conjunto de material ingenioso que casi siempre se prepara en la misma Escuela. Las grandes Escuelas maternas están abiertas sin interrupción de siete u ocho de la mañana a seis o siete de la tarde. Hay cantinas. Y las horas que preceden y siguen a las clases los niños juegan bajo una vigilancia cariñosa. No recuerdo haber visto en estas Escuelas más de *treinta* niños en cada clase.

La Escuela primaria.

En las tres naciones estudiadas, a la Escuela maternal o de párvulos sigue la llamada *elemental*, con sus tres clásicas divisiones o cursos, a saber: elemental, medio y superior. En algunas existe un grado llamado preparatorio. Las poblaciones que dan contingente escolar numeroso cuentan con Escuelas graduadas, generalmente de seis secciones, y es corriente que en estos mismos centros y bajo la misma dirección se organicen los *cursos complementarios*, cuyas enseñanzas son las de las Escuelas *superiores o medias*.

En los pequeños núcleos de población la idea de la graduación se lleva hasta donde las circunstancias lo permiten, huyendo por todos los medios del sistema llamado unitario. Y así, en los casos de pueblos con un solo maestro o maestra, la matrícula, dentro de cada sesión, se divide en dos o tres grupos, de los que a lo menos dos trabajan directamente con el maestro (Escuela de Marin-Epagner, Neuchâtel), mientras otro hace, un poco individualmente, sus deberes escolares.

El programa de la Escuela elemental comprende: lenguaje, moral, cálculo, lecciones de cosas, geometría e historia, nociones científicas sobre la naturaleza, dibujo, canto, gimnasia, enseñanza doméstica para las niñas, trabajos manuales para los muchachos.

De la vida que estas enseñanzas tienen como medios de preparación completa del alumno, tal vez puedan dar idea algunas notas sacadas de mi «Diario».

GRADO PREPARATORIO.—Presencio ejercicios de fonomímica, procedimiento de Gosslan, para la enseñanza de la lectura. En pocos meses han aprendido a leer todos los niños matriculados. El procedimiento despierta el interés, porque encauza la natural actividad del niño. Desde los primeros momentos se comenta la lectura, y el resultado ño puede ser más satisfactorio: alumnos de siete años *compreuden* lo que leen, y por comprenderlo lo *expresan* con una perfección poco corriente en tal edad.

Se insiste en la ortografía. Conocen las cuatro operaciones y calculan mentalmente. Siempre se busca el perfeccionamiento del lenguaje. Los niños deben concretar en la expresión corriente los datos numéricos abstractos dados por el maestro.

PRIMER AÑO ELEMENTAL.—Un joven maestro senegalés hace una lección de cosas sobre *el clavo*. Los alumnos tienen clavos de diversas clases y tamaños. Durante tres cuartos de hora siguen los niños la lección con fuerte interés. Se habla del objeto, de su materia, forma, de la transformación, de las fases por que en ésta pasa, del uso y cualidades físicas. A cada paso se procede por experimentación. Se ordenan cuidadosamente las ideas que simultáneamente aparecen escritas en una gran pizarra y en los cuadernos que cada alumno tiene sobre la mesa. Reconozco que se trata de una lección fundamentada en principios de Pedagogía corriente. El maestro *negro* me dice que es un alumno normalista en prácticas.

SEGUNDO AÑO ELEMENTAL.—Lección sobre el volumen del prisma. Intuición real, actividad, interés creciente en los alumnos, rigor lógico en la exposición, cálculo mental relacionado con el escrito, cariño, naturalmente dispensado. Habla poco este maestro y en voz baja, pero su figura enseñando es toda expresión y hace hablar mucho a los alumnos, que mueven la inteligencia tanto como la mano. Al terminar, el maestro da el tono y todos cantan a media voz una composición preciosa.

VARIOS GRADOS.—Aplicación del cinematógrafo a la enseñanza primaria. Uno de los maestros de dicha Escuela ha hecho cinco lecciones con alumnos de los cursos maternal, preparatorio,

elemental, medio y superior. Fijemos los rasgos esenciales de las lecciones dadas al curso superior y elemental. Asuntos: *fabricación del queso holandés*. Metodología de gran rigor lógico. Unas preguntas intencionadas, anuncio de la cuestión a estudiar. La leche, la nata, el suero, la mantequilla, el queso...; las praderas y el ganado vacuno. Los *polders* holandeses; las llanuras y prados de Normandía... Cada palabra se traduce para el niño en una idea bien exacta. Por la cinta pasa la vaca, el prado, el ordeñado, la quesería, la manufactura completa del queso, el transporte y mercado de éste. La lección tiene intervalos; la imagen se detiene en los momentos de mayor interés; el maestro interroga hábilmente. Se resume y al final se hace un sobrio comentario sobre la industria nacional holandesa.

En una segunda lección hecha para el mismo grupo un *buzo*, que se prepara para sumergirse en el agua, da motivo a ejercicios de vocabulario y composición oral. El ejercicio es interesante y movido. En todo momento se busca que el niño aplique el término preciso a la *cosa* que observa; «se viste el buzo», dice un alumno, y de pregunta en pregunta se encuentra otra más justa: «se equipa el buzo», dice un segundo. La cuestión es ver la cosa, nombrarla, darle sus adjetivos, ponerla en acción con el verbo correspondiente y expresar sus variaciones por medio del adverbio. Con los niños de la clase maternal hace el maestro muy interesante una preciosa lección, cuyo fin es observar, recordar y nombrar. Quizá al entrar en esta Escuela pensábamos todos principalmente en el *cine*, pero al final, y aun teniendo la pantalla delante, por mi parte, confieso que quien únicamente me interesaba y me hacía pensar era el maestro. ¡Cinco lecciones, y en todas admirable! Maestros del temple y formación de éste encontrarán sin duda en el material un poderoso y selecto auxiliar. Mas si carecen de él, les salvará su recio contenido profesional. Las lecciones presenciadas han resultado admirables con el cinematógrafo. ¿Hubiera fracasado el maestro sin este aparato?

Una lámina, la tarjeta postal, la lectura apropiada ampliada

en el dibujo habrían dado seguramente buenos resultados. Convenimos una vez más en que no es la instalación lo que sorprende. Es el alma, que es siempre preparación *seria*, concepto del deber: *maestro*.

Las clases complementarias.

Son frecuentadas por niños de trece a diez y siete años. En ellas, aparte de que se intensifique la cultura general recibida en las clases primarias, se da una gran importancia al dibujo, modelado y trabajo manual en madera y hierro. Después de pasar por ellas se obtienen los llamados brevet elemental y brevet superior, que dan acceso al ingreso en determinados centros docentes que no exigen para seguir sus estudios el bachillerato. He aquí mis notas respecto a las clases complementarias que he visto.

LECCIÓN DE QUÍMICA.—*El fósforo*.—Material: una cubeta de cristal con agua, un frasco que contiene fósforo, un cortaplumas, una lámpara de alcohol... Comienza el maestro por experimentar de modo que vea toda la clase. Cada alumno tiene un cuaderno abierto. Los muchachos ayudan en la experiencia, se pregunta mucho, se insiste en lo fundamental y, terminada la lección, todos los alumnos han ordenado las ideas de la misma. En el cuaderno del alumno que tengo a mi lado leo: «El fósforo es extraído de los huesos; se maneja y conserva en el agua; el sulfuro de carbono es un disolvente del fósforo, siempre ávido de oxígeno; es fácilmente combustible; de sus combinaciones con el hidrógeno se inflama espontáneamente; el fósforo de hidrógeno produce los llamados fuegos fatuos...», y a este tenor unas cuantas frases más que reflejan en efecto la lección hecha, basada en la experimentación. Con un material escaso, al alcance de cualquiera, he presenciado una lección buena. ¡Siempre el espíritu! Cuando salgo de esta Escuela voy pensando en la profundidad que encierran aquellas palabras del maestro Cossío en

su conferencia *El maestro, la Escuela y el material de enseñanza*. «Mostraba cierto profesor de nuestras Universidades su laboratorio, y mostrábalo orgulloso de la cantidad y riqueza de aparatos, de material de enseñanza que encerraba. «Es mejor, »acabó diciendo, que todo lo que he visto y tiene el Colegio de »Francia.» Su interlocutor entonces se atrevió a preguntar tímidamente: «Y ¿qué han hecho ustedes con todo este material?, por- »que lo que en el Colegio de Francia se hace todo el mundo lo »sabe...» Por aquellos días precisamente acababa Claudio Bernard de abrir hondo surco a la biología.»

Sí; lo que necesitamos nosotros es sobre todo formación seria tal vez sobria, pero siempre científica y realista. Esto es lo que vamos observando en nuestras visitas. Los maestros de los países cuyo sistema escolar estudiamos no son mejores que nosotros porque tengan más material, sino porque el que les dan y el que ellos crean *vive*. Y esta vida es consecuencia de una preparación que, sin ser perfecta, tiene sobre la nuestra el valor de basarse en realidades sinceras.

La enseñanza «menagère» o doméstica.

Los talleres de trabajos manuales vistos en las clases complementarias no se olvidan fácilmente. Son talleres que funcionan. Al ruido de los motores acompaña en alegre dúo el producido por *l'outillage* que los muchachos manejan con habilidad perfecta. Y las alumnas también tienen su taller: la cocina, el cuarto de lavado, el repaso y plancha con sus dependencias. Las niñas mayores reciben una o dos lecciones semanales. Cuando salen definitivamente de la Escuela están iniciadas en todas las enseñanzas caseras que tanto benefician a la economía del hogar. Las niñas hacen la compra, preparan los alimentos, ponen la mesa con sencillez y arte y comen aquello que ellas mismas han guisado. Llama siempre la atención lo completo de las instalaciones *menagères*. Algunas maestras han interesado a las fami-

lias, obteniendo regalos de batería de cocina. Y de tal modo han respondido las gentes que, en algún caso, la cocina económica —el objeto más caro de la instalación— ha sido cedida por el comercio ¡a pagar un franco mensualmente! Y no se trata únicamente de París, Bruselas, Neuchâtel o Ginebra. Hay pueblos de escaso vecindario en los que la enseñanza *menagère* se halla establecida, participando de sus lecciones las adultas: Dombresson, por ejemplo. El magnífico desayuno que nos sirvieron las alumnas de «l'École roulante menagère agricole» de Gheluwe, pequeña aldea próxima a Ipres, así como el postre con que fuimos obsequiados por las de la Escuela rural de Dombresson, bastaría para acreditar el sistema ante el *gourmet* más exigente. Se observa un gran deseo de extender esta enseñanza al mayor número de Escuelas.

La Escuela Normal, base del sistema.

En Francia visitamos las Escuelas Normales Superiores de Saint-Cloud y de Fontenay-aux-Roses. Ambas forman el profesorado normal. Las conversaciones de alta moral que escuchamos en la Normal de Fontenay nos recordaron aquella sentencia de Pecaut, escrita por sus alumnas al pie del busto del maestro: «Si habéis despertado un alma o formado una conciencia, no habéis perdido el tiempo.» A este fin dirigen sus esfuerzos estas Escuelas: a despertar conciencias y a dar ideales fuertes capaces de formar un Magisterio que valga más por lo que haga que por lo que sepa. Es preciso, decía Mlle. Grauvoger, traducir en actos las ideas que abriga una conciencia bien formada. Debemos tener la gran preocupación de que la enseñanza de la moral sea siempre una cosa viva...

Y un profesor de la Sorbona, al terminar su clase con las alumnas del primer curso de Fontenay, les dice: «No olviden ustedes, señoritas, que el trabajo de hoy me ha costado algún tiempo prepararlo...» Ya no me sorprende haber

visto que en todas las Escuelas primarias se preparen las lecciones.

En la Normal de Maestros de Auteil un normalista, ante los niños de la Escuela anexa, hace su lección. Cuando los niños han salido se discute el trabajo. Un compañero del leccionista habla del mucho tiempo empleado, de que es el mismo niño quien debe corregir. En seguida, el Director de la Normal añade: «Concrete usted bien lo que quiere decir. Creo que no deben señalarse todas las faltas de la composición—trabajo que se corregía—; además las alumnas no se han interesado. Quizá ha hablado demasiado. Para que la corrección deje huella ha debido ser más concisa, más enérgica y más cálida. Se ha interrogado poco y no se han multiplicado las sensaciones...» Hablan después otros alumnos, hablan los maestros y profesores. «Ha sido—dicen—una lección amable, dada con simpatía, pero sin suficiente claridad. Hay que evitar el *mariposeo* e insistir en el objeto principal.» El Director resume. ¡Cuántas cuestiones ha sugerido este trabajo—dice M. Gay—. En cuanto a la forma, ha habido dulzura, naturalidad... El método seguido tiene algunos defectos. No olvidemos que el mejor método es aquel que lleva la lección directamente a su fin, sin atenerse demasiado a la ortodoxia pedagógica.

Habla luego de un trabajo de Simon y Moiman, a propósito de las ventajas e inconvenientes que puede tener el que los niños *vean* en el tablero o en el papel las faltas ortográficas... Otro día es en la Normal de Maestras de Bruselas. Entramos en una clase de Ciencias físico-naturales. Se resume la diferencia ya explicada entre bacteria y microbio... Bacterias útiles, nocivas e indiferentes a nuestro organismo... Tienen microscopios; la profesora ha dibujado en el tablero y las alumnas hacen circular ciertos dibujos que aquélla ha preparado para su lección de hoy. Al hablar de caldos bacteriológicos aparece el nombre de Pasteur. La profesora, en un inciso de pocos momentos, sabe penetrar en sus alumnas, dándoles varias ideas del valor moral del gran biólogo francés. No se olvida fácilmente una lección tan

intensa, tan amable y tan lógica. Finalmente, una nota recogida en Ginebra, donde el Director general de primera enseñanza va a la Universidad, habla a los maestros en prácticas del valor que la Gramática tiene en la enseñanza del lenguaje, y veinte minutos después de la lección teórica, este notable universitario reúne a sus alumnos maestros en una Escuela primaria y hace una lección gramatical admirable.